

ANTENAS Y MOGOTES

Sandra Barreras del Río
Departamento de Humanidades
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

Viajo los días laborables de Morovis a Arecibo; trabajo en el U.P.R.A. Es un trayecto prudente; ni corto, ni largo y bendecido porque siempre transito en contra del sol. Gozo de la ruta. Se ha convertido en vara fija para medir el paso del tiempo en mi vida y en el mundo. Un catálogo de dolamas se manifiesta en el viaje y me advierte la cercanía de la vejez: dolores de espalda, piernas y antebrazos.

Dolamas... primera vez que escribo la palabra, rastro del tiempo de España en el habla del campo donde me crié; un arcaísmo no presentable en buena sociedad (que en mi caso, es de universitarios). Es ajibará; el tipo de palabra por la que tanto chacotearon décadas atrás al fiscal televisivo de las Vistas del Cerro Maravillas cuando fue nombrado Secretario de Justicia. Eran bromas pasivo-agresivas. Hacían claro que los puertorriqueños esperamos brahmines en las posiciones de poder relacionadas al Derecho; esperamos representantes de nuestras castas altas. Vivía entonces en Nueva York y añadí- primero con ironía y después con gusto- a mi vocabulario *contentura*. Ahora me toca incorporar *dolamas*. Cuando niña la oí en viejos del campo. Me llegó el momento de aceptar que me he convertido en una vieja del campo con dolamas. Mi viaje diario me confronta con mi mortalidad, con mis prejuicios y opiniones. Percibo los cambios que afectan mi cotidianidad.

He incorporado el uso de varios adelantos tecnológicos a mi vida; son tan corrientes y molientes hoy en día. Y, sin embargo, hasta hace poco me parecían intolerables; por ejemplo, el teléfono celular. Muchas veces respondo a llamadas en los cincuenta minutos

que dura el viaje. Me distrae; comentario que hará reír, o preocuparse, a quién me conoce y sabe lo distraída que de por sí, soy. Achacaba mi distracción al interés en la filosofía, gajes de oficio, decía. Me consolaba con las descripciones que hace Platón de su maestro Sócrates en **El banquete**. El se inmovilizaba allí donde sentía la necesidad de entregarse a su flujo de pensamientos. Al banquete en casa de Fedro llegó tarde por detenerse en la calle a pensar. En las postrimerías del festín, Alcibíades cuenta que también Sócrates se distraía en el campo de batalla, aún cuando a su alrededor la pelea ensordecía y mataba. Tal vez es una exageración.

No tenemos una descripción de las distracciones socráticas tan jocosa como la de Tales de Mileto que, por estar mirando y pensando en las estrellas, se cayó en un hoyo y provocó la burla de una joven esclava tracia. Como Sócrates y Tales, yo me distraigo; con mucha frecuencia, aunque no por considerar problemas del alto calibre que preocupaban a los pensadores griegos. Menos mal que ellos no portaban celulares. En cuanto a mí, he aprendido a justificar mi distracción de una manera menos cachendosa, pero más al día. Soy un caso obvio, no diagnosticado, del Síndrome de Deficiencia en la Atención (uso las siglas en inglés para explicar que padezco de *eididí*).

Mi carro sufre con mis distracciones porque caigo, como Tales, en todos los hoyos de la carretera aunque los conozca y los haya transitado con frecuencia. Las calles de Puerto Rico son una clase social en movimiento descendente; algo así como los hacendados de café después de la invasión estadounidense. O como los intelectuales (y sus herederos) educados en el extranjero por la administración de Muñoz Marín, clase descendente cuando finalizó la *pax muñocista* (léase ***Las tribulaciones de Jonás***). Se nos olvida que vivimos en lo que queda de un bosque tropical pluvial. La maleza cubre con rapidez las

casas donde no se podan los patios. Las carreteras tapan corrientes subterráneas de agua que luego les producen cráteres con una facilidad pasmosa.

Cuando leía sobre los descubrimientos de las ciudades mayas en Honduras, Guatemala y Yucatán, me preguntaba qué cataclismo hizo desaparecer ciudades enteras en pocos años. Ciudades que reaparicieron bajo el ritmo de varios machetes bien esgrimidos en los siglos diecinueve y veinte. Sencillo, fueron cubiertas en un abrir y cerrar de ojos por bejucos de ñame, por orquídeas silvestres y matas de higuillo y de niguas. Lo entendí durante el medio año que no podé el monte alrededor de mi casa. Una mañana amanecí mirando dos ramas de cundeamores florecidas, que, con sus delicadas flores amarillas, entraban por la ventana de mi dormitorio. Esa misma semana apareció en la bañera un bejuco con la flor más bella y exótica que he visto en los últimos tiempos, una flor de parcha. Las enredaderas son las adelantadas en esta reversión del proceso colonizador. Los adelantados eran esos primeros hombres enviados a desmontar la selva para asentar poblados durante los viajes de descubrimiento. Mis cundeamores y parchas son las enviadas a recobrar las áreas desmontadas de la finca.

¿Dije ya que soy muy distraída? Claro que veía los alargados brazos de cundeamor y parcha extenderse. Hasta me parecían muy hermosos; pero dejaba de pensarlos un ratito y, san-se-acabó, no los veía tal como eran: monte que reclama su espacio. Algo así sucedió en Tikal y Palenque; en México y Guatemala. Algo así sucede hoy en día con los hoyos en nuestras carreteras; las aguas subterráneas buscan aparecer en lo que, un día, fue un cuerpo de agua. Cada construcción requiere mantenimiento continuo para no perderla; otro sentido para desarrollo sustentable. ¿Puedo darle mantenimiento a lo que hago? Y, en momentos de crisis, ¿cómo logro subsistir y, que lo hecho, perdure? ¿Cuál es mi

estrategia para sobrevivir en los próximos años de alzas en el petróleo, más dolamas y más hoyos en las carreteras? Confrontamos un futuro no muy lejano de menos viajes en auto; más centrados en una sola área. Tal vez tenga que trabajar donde vivo o vivir donde trabajo.

Mientras, he incorporado el uso de las tarjetitas que me permiten cruzar con rapidez los peajes. A mis cincuenta y cinco años, siento la contentura de hacer una travesura. He ganado tiempo incalculable con esas tarjetitas. Aunque no se refleje en corregir mis tardanzas crónicas. Vienen - las tardanzas, no las tarjetas – de nacimiento. Culpo a la abuela Tití, quién retardaba la llegada de mami a la escuela pública para que no tuviera tiempo de chismear antes de entrar a clase. Bueno, a eso achacaba mami el llegar siempre quince minutos tarde al comienzo del día. Sé que, aunque me levante una hora más temprano, siempre termino saliendo de la casa con el tiempo contado para llegar. Pues pensé que la tarjetita me ayudaría. No contaba con la aparición en la ruta de dos instalaciones de arte público visibles desde el expreso; llaman mucho la atención y se tragan los minutos que me regala la tarjeta. Por la atención concentrada que les presto, porque me dan gusto y me hacen pensar, sé que estoy ante obras de arte.

Al comenzar mi día de trabajo, tomo el expresito que conecta Morovis y la Ruta 22. Veo la primera instalación al entrar al Expreso José de Diego. Está en uno de esos mogotes que pelaron en forma de terrazas; piedra caliza pura que todavía no reverdece- aunque ya lo hará- porque le quitaron todo el humus. La pieza consiste en un grupo de curvas o comas metálicas acomodadas de menor a mayor siguiendo la semi-circunferencia de una de las terrazas del mogote, quizás su terraza más larga. Están pintadas de amarillo primario – chillón al sol – y eco del color usado en las carreteras

para recomendar cautela. Yo no les digo comas, sino caracoles. Los impresionistas amarillos de la carretera en esa entrada parecen, más bien, reproducir el color de los caracoles, invirtiendo el orden cronológico de la hechura. Juegos con la percepción de todo buen artista. Les llamo caracoles porque en Morovis, siempre que se rapa el humus de un mogote, se ven caracoles u otros vestigios marinos; testimonios de que nuestro lado del bosque yació bajo el agua millones de años atrás.

Mi hermana me dio otra interpretación que me gusta; para ella, las comas amarillas están sujetando el mogote para que no se caiga. Ella estudió Historia del Arte y trabajó en museos. Me dijo que la instalación es la obra de un artista que está relacionado con una fábrica de metales camino a la playa de Vega Baja. Cada dos años vienen escultores de grandes piezas de hierro, internacionales y nacionales, a trabajar con los obreros de la fábrica para construir esculturas que exponen al final de la Bienal. He visitado esa bienal dos veces consecutivas en su apertura final al público.

Le debo a Marta Quiñones una tercera interpretación de mis caracoles; son orejas y están ahí para escuchar. ¿Qué escuchan esas orejas? ¿Quiénes escuchan a través de ellas? ¿Captan el ritmo del reggaetón en casi todos los carros que por allí pasan? ¿Sufre el mogote con las ondas sonoras que emiten los sistemas de música donde predomina el bajo? Orejas, soportes o caracoles, prefiero mil veces esas comas amarillas a los rótulos publicitarios, las chillonas pancartas políticas o las invocaciones a alabar a Dios escritas en feos y simples cruzacalles, que adornan las caras de otros mogotes pelados. Los caracoles amarillos en sus bases de cemento me hacen pensar. Y alivian la tristeza de ver tanto mogote mutilado. Muchos de ellos empezaron a reverdecer, primero echando unos yerbajos ralos que parecen barbas de temprana adolescencia. El lado de espalda a la

carretera, sin desmontar, parece un afro verde. No he visto ningún mogote que haya recuperado totalmente su vegetación. Sí he visto uno con su barba rala y una mancha de pinos flauta en las terrazas. Esos pinos borran su simetría. Porque un mogote recuperado debería parecerse a la cabeza de la Venus de Willendorf, con pelos rizados, cortos, por delante y por detrás, tapando la cara pelada y formando una aparente redondez. Los pinos son muy altos, cónicos y no admiten los bejucos de ñames y niguas que van enredando la vegetación que crece debajo de ellos.

Ya casi llegando al U.P.R.A. se encuentra otra instalación del programa de **Arte Público**. Es notoria y, casi todos los que hablan de ella, la encuentran poco artística, fea. A mi me gustó desde el principio. Está en el puente que precede la salida de Utuado cuando se va de Morovis a Arecibo. Es un conjunto escultórico compuesto por varios grupos de tres armazones de metal brillante aguantados por trípodes largos. Cada armazón tiene la figura de un triángulo bien abierto, casi de ciento ochenta grados, casi línea recta. Donde abre el ángulo, termina el armazón en una curva trabajada de manera que parece una barriguita. Me enternecen los armazones porque recuerdan la frase de una canción de Leonardo Fabio que comparaba a la mujer con un pájaro encinta, símil que no me gustaba para nada varias décadas atrás. Allí donde se unen la curva y una de las líneas rectas del ángulo, parece que hay un pico. Cada pájaro picotea en distinta dirección. El área de cada armazón está rellena con una tela metálica muy parecida al *ciclone fence*. El relleno ha enmohecido, no así el armazón y las patas.

Su instalación coincidió con la de las letras que anuncian a Ponce y que, con toda franqueza, no le calzan el zapato. Tal vez, si las letras hubieran incorporado la palabra *parking* en el reverso de Ponce, sugerencia de Marcos Rigau en un programa de radio,

esa instalación tendría más garra. Sería un recordatorio de la frase de Churumba Cordero y no meramente una alusión Kitsch (léase copia repetitiva y de mal gusto) a las notorias letras de Hollywood. Los **Aedes** de Arecibo se las traen. Escuché a Teresa Tió llamarlos *los mosquitos*. Dijo que le gustaban. Coincido con ella.

Por varios meses mi hija y yo tratamos de descifrar los **Aedes**. Ambas pensamos que parecían pájaros o antenas. Sugerían animales picoteando el terreno. La posibilidad que fueran antenas nos pugilataba más; ¿qué transmitían y a quién? Sugerían la transmisión de cosas particulares, específicas. El paisaje que rodea la instalación está repleto de antenas. Al escritor Pedro Cabiya, a quién buscamos en Río Piedras para participar de un conversatorio con estudiantes, le parecieron siniestras, puestas allí para espiar los movimientos de los transeúntes. Brillante sugerencia que explica parte de la ansiedad que siente la gente al ver la instalación. Aprensión que se complica si recordamos que los mosquitos *Aedes* producen dengue y que la barriguita llena, esa que ha enmohecido, contiene sangre. Pájaros, mosquitos o antenas, la instalación es un comentario al paisaje.

El área de Arecibo se conceptualiza como zona agrícola en los planes económicos de Puerto Rico. Es un área ganadera, productora de leche. No obstante, concentra grandes farmaceuticas y experimentos con clonación de plantas que parecen poner en jaque la economía agrícola. Los **Aedes** y los caracoles en el mogote pelado son testimonios de artistas que perciben y entienden nuestro entorno; no son necesariamente comentarios sociales intencionales. Más bien, muestran las paradojas del área. Los artistas perciben e imaginan con mayor intensidad y pueden transmutar esas imágenes en objetos visibles. Ven y transmutan la cantidad increíble de antenas metálicas que verticalizan los mogotes y los llanos costeros, que proliferan de Manatí hasta Arecibo. Le recuerdan, al que

conoce el área, que un radio telescopio de grandes proporciones yace y funciona engastado entre los mogotes de Arecibo. Es una gran oreja que transmite sonidos a la vez que escucha al firmamento.

En mi ruta siempre me pregunto los efectos a la salud de tanta antena. Se ha recomendado que no vivamos cerca de las antenas que retransmiten ondas radiales; pueden producir cáncer. Me han dicho que las de Arecibo, Barceloneta y Florida son de celulares. No me extraña porque estos se reproducen como bacterias en un hospital. Todo el mundo tiene uno o dos. Lo que sí es raro es que los radios del área tengan tan pobre recepción a pesar de tanta antena. Pero los mogotes de nuestra área, que ahora están bajo fuego, son la última frontera natural de nuestro entorno. No se le hace fácil a las ondas radiales o de celulares, atravesarlos. Su depredación para la construcción de casas, carreteras y antenas amenaza con convertir a todo Puerto Rico en una extendida área urbana. Peor aún, su destrucción es una amenaza para nuestros recursos acuíferos, ya que la zona abunda en cuevas donde fluyen varios ríos subterráneos.

Estas dos instalaciones de arte público, que forman parte de un conjunto de cien obras de arte alrededor de la Isla, contribuyen, en el área del expreso, al entendimiento de las paradojas del norte-centro de nuestro país. Contrastan con las representaciones artísticas del folklore decimonónico con que nos tienen acostumbrados en Puerto Rico a pensar los procesos artísticos de la ruralía. Ese arte folklórico que celebra lo jíbaro es, francamente, kitsch; no así mis caracoles en el mogote, ni los **Aedes** que hacen eco a las antenas.

Durante el mes de julio dos periódicos nacionales (**Claridad** y el **Nuevo Día**) publicaron artículos sobre las distintas instalaciones e invitaban a verlas. Me gustaría constatar los tipos de esfuerzo que se han realizado para instalar arte en la Isla, en la

ruralía. ¿Se puede crear arte sin depredar el entorno? Tal vez algunas de las instalaciones hacen daño al ambiente que las rodea. No lo sé; lo averiguaré cuando las vea.

Por ahora, los fines de semana me ocupo de darle la vuelta a la plaza de Morovis. Nosotros también tenemos un conjunto de letras que, como en Ponce, anuncian el nombre del pueblo. Fueron diseñadas por un artista de **Arte Público**. Le digo el **Gran Graffiti Blanco**. Adorna la nueva biblioteca de la Escuela Elemental Urbana. Está en el lado prominente de la plaza, de frente a la iglesia. Permite ver las fachadas de dos pisos de las casas alrededor. Es una sublimación de las artes confrontativas de los jóvenes; de cara a la iglesia y a una cuadra visible del ayuntamiento. El centro del pueblo nos cambió de apariencia de la noche a la mañana después de años, largos años, de destrucción y construcción de dos o tres adefesios de plaza. No sé, todavía no me acostumbro a la nueva imagen que contrasta con las proporciones del pueblo de mi niñez. Pero, cada vez que paso por allí, miro con atención mi entorno, que me invita a pensar. Ya no siento el impulso a cerrar los ojos que tuve los largos años de destrucción de la plaza, las contadas veces que pasé por allí. Evadía entrar al pueblo. Ahora, regreso de cuando en cuando a mirar lo que circunda la plaza y, cada vez más, me gusta.